

EDITORES DEL PUEBLO

Revolucionarios de tinta y de papel

Pedro García Martín

Saber es tener el entendimiento lleno de bellas imágenes de las cosas.
Jan Comenius, *El mundo en imágenes*.

«La lectura de este libro, a lo largo de las descripciones apoyadas en las imágenes de las cosas, podrá formar a fondo el hábito de la lectura», escribió Jan Comenius en su obra *El mundo en imágenes*. Publicada en 1658 con el título en latín *Orbis Sensualium Pictus*, esta obra del humanista checo fue revolucionaria en la historia de la cultura, la educación, la literatura y la libertad de pensamiento. Comenius había inventado el libro de texto escolar con su *Didáctica Magna* y ahora daba un paso más mediante el primer libro ilustrado para niños.

Estamos en la transición del Barroco a la Ilustración. Es el apogeo de la revolución científica en Europa. Las tensiones históricas del periodo —guerras políticas y religiosas, crisis económicas, diferencias sociales, etc.— necesitaban una respuesta cultural para avanzar hacia el futuro. Jan Comenius la dio creando un nuevo recurso: el libro infantil en el que dialogan las palabras y las imágenes.

Así nació esta enciclopedia de ciencias naturales y sociales y de lenguas latinas y romances. Sus características formales consistían en ser un libro pequeño que los niños podían llevar en la cartera entre casa y la escuela. Los nombres encabezaban las imágenes y las descripciones explicaban las partes de las personas, animales y objetos. En cuanto a sus fines pedagógicos, pretendía que los estudiantes no sintieran la escuela como un martirio, sino como un lugar placentero. Que despertaran sus sentidos al

ver y leer las figuras. Y que percibieran la enseñanza como un juego en vez de un castigo.

Es la máxima clásica «enseñar deleitando» que formulara el poeta romano Horacio. Nada más que ahora, a partir del siglo xvii y hasta nuestros días, incluía ya a los «hijos del pueblo» y preludiaba la aparición de la enseñanza pública.

Enseñar deleitando al pueblo

Ahora bien, ¿qué es el pueblo? En la era de la razón se descubrió la «cultura popular» como distinta de la «cultura ilustrada». Los románticos penaron que todas las tradiciones de una nación expresaban el espíritu de un pueblo. En lo que estamos todos de acuerdo es que el pueblo es siempre mayoritario, pero cada estudioso pone el acento en el sector que más le interesa: para los folcloristas el pueblo es el campesinado; para los sociólogos, los obreros; para los nacionalistas exacerbados, una etnia, un territorio o una identidad que se cree diferente. De ahí, que compartamos con Peter Burke en *El descubrimiento de la cultura popular* la idea de que el término «pueblo» puede ser muy ambiguo, por lo que lo referiremos a las clases subalternas, a las gentes comunes que coloquialmente llamamos «populares».

En cuanto a la figura del editor con mentalidad educativa, palabra que en latín significa «sacar a la luz», tienen



su precedente en Aldo Manuzio, maestro de la Imprenta Aldina de Venecia, que tradujo las obras grecolatinas y diseñó el libro de bolsillo. Prosiguió con las ediciones de gramáticas y manuales por el humanista castellano Antonio de Nebrija en las «casas de moldes» de la calle Libreros de Salamanca. Después vinieron los impresores libreros de Lyon, como Sébastien Gryphe, Jean de Tournes y Étienne Dolet. Y al cabo, la *Officina Plantiniana* que creó Christophorus Plantin en Amberes, dando a luz el primer atlas de Gerardus Ortelius, la *Biblia Sacra* de Arias Montano y libros comerciales donde combinaba textos e imágenes.

No obstante, es en la Europa del siglo XIX, donde nacen los Estados-nación y se suceden las revoluciones liberales, cuando aparecen nuevos editores del pueblo, que, en vez de la revolución por las armas, piensan que es más civilizado hacerla por los libros ilustrados.

Los viajes aventureros de Pierre-Jules Hetzel y Julio Verne

El París al que llega Julio Verne en 1851 con la ilusión de convertirse en escritor era un hervidero de iniciativas artísticas y literarias que preludiaba su conversión en capital cultural del mundo. Antes de que se produjera su encuentro con el editor Pierre-Jules Hetzel, el joven procedente de Nantes dio sus pinitos literarios en la revista *Musée des familles*, dirigida por Pierre Chevalier, divulgador cultural para adultos y adolescentes, que explicaba así su línea editorial:

Se trata de un programa completo de educación contemporánea. ¿Cuál es la mejor educación posible

que debe recibir hoy en día el joven, la muchacha, el hombre de mundo? La religión, la filosofía y la ética deben proporcionarles el conocimiento de sí mismos; los libros, el de la historia; los viajes, las ciencias y las artes, el de la creación y la civilización; la observación de las costumbres y los caracteres, el de la sociedad.

Los artículos del *Musée des familles*, ya fuesen el resultado de una investigación o de una historia imaginada, debían ser instructivos. Las colaboraciones de Julio Verne mezclaban las aventuras científicas y los relatos de viajes que prefiguraban la fórmula exitosa de sus futuros *Viajes extraordinarios*.

En ese clima literario de educación progresista afloró el ingenio editor de Pierre-Jules Hetzel (1814-1886). Nacido en Chartres y titulado en derecho por la Universidad de Estrasburgo, abrió una casa editorial en París en 1837. Un lustro más tarde dio rienda suelta a su vocación pedagógica publicando la revista *Nouveau magazine des enfants*, aunque el proyecto se vio truncado con la proclamación de Luis Napoleón como emperador, puesto que decretó el exilio de Hetzel debido a sus ideas republicanas.

Cuando este regresa a la capital en 1859, tras acogerse a una amnistía del Segundo Imperio, retoma su gran proyecto editorial estableciendo la sede de J. Hetzel & Cie en el número 18 de la calle Jacob. Por esa casa pasarán los genios de las letras Víctor Hugo, Balzac, Stendhal, Baudelaire... En sus tertulias coincidirán los Dumas —padre e hijo—, Nadar, Verne, George Sand, Doré y Zola. En la Casa Museo de Julio Verne en Amiens puede verse el mueble fichero de autores editados por Hetzel. ¡Parece mentira que en esa caja de madera noble estuviese lo más granado de la literatura francesa de aquel tiempo!

Ahora bien, para Hetzel el ideal republicano no solo estaba en los gritos de «Libertad, Igualdad y Fraternidad», sino que pasaba por una enseñanza laica, obligatoria y gratuita para todos los ciudadanos. El instrumento didáctico de dicha enseñanza era el libro infantil ilustrado. En 1860 Hetzel publicó junto al pedagogo Jean Mécé la revista *Magasin d'Éducation et de Récréation*. Esta llevaba por subtítulo «enciclopedia de la infancia y la juventud» y en sus carteles publicitarios podía leerse que era «un periódico para toda la familia». En el primer número de la revista hicieron esta declaración de intenciones:

«Para nosotros se trata de constituir una enseñanza de familia en el sentido verdadero de la palabra, una enseñanza seria y atractiva a la vez, que agrade a los padres y

sea de provecho para los hijos. La característica de toda nuestra obra es dirigirse a la vez a mayores y pequeños».

En el mismo año de 1860 Louis Hachette editó una revista de divulgación titulada *Le Tour du monde-Nouveau Journal des voyages*. En su número inaugural escribió sus objetivos divulgadores:

Algunos viajeros representan a la ciencia, otros al arte, otros al comercio o a la industria. Los hay que se exponen a mil peligros en aras de la propagación de sus creencias, los hay que son simples observadores, o moralistas, o que no buscan sino la emociones de una existencia errante y aventurera. Ninguno de estos diversos puntos de vista carece de interés y utilidad. *Le Tour du monde* quiere abarcarlos todos.

Sin embargo, fue Hetzel el que consiguió formar el mejor equipo para que sus libros infantiles llegasen a un mayor número de lectores. Ariel Pérez Rodríguez, uno de los mejores biógrafos de Julio Verne, describe así el talante de este editor:

Hombre emprendedor y escritor discreto, pensó en una revista de calidad, de espíritu instructivo y recreativo a la vez, ilustrada, apta para todas las edades y que completase la colección para la juventud que había lanzad antes. Jean Macé se encargaría de la parte educativa y él de la parte literaria. Faltaba un colaborador para la parte científica.

Ese colaborador será Julio Verne. Cuando apareció en 1862 en la editorial de Hetzel con su manuscrito *Cinco semanas en globo* se completó el equipo de editores del pueblo y escritores pedagogos. Las novelas de los *Viajes extraordinarios*, leídas tanto por jóvenes como adultos por entregas en la revista y en libros y almanaques navideños, iban a entrar con toda justicia en la historia de la literatura. Al cabo de los años, la crítica se rindió a los valores pedagógicos de estos pioneros, pues como se preguntaba León Blum en un artículo sobre «Jules Verne», publicado en *L'Humanité*, en 1905: «¿Por qué negarles valor literario a unos libros como las novelas de Julio Verne escritos para el pueblo, a unos libros dirigidos a los niños?».

El universo ilustrado de Emilio Treves

Al París de 1854 llegó el italiano Emilio Treves (1834-1916) para aprender el oficio de editor y, de paso, para

disfrutar de la vida mundana. Nacido en Trieste bajo la ocupación del Imperio Austro-Húngaro, pronto desarrolló su patriotismo en favor del renacimiento de Italia y su vocación hacia una literatura popular. Luchó en los *Cacciatori delle Alpi* por la causa de Garibaldi alcanzando grado de sargento. Huyendo de la censura austriaca, halló en la Ciudad de la Luz la inspiración para su carrera de impresor, siendo la revista *Musée des familles* el modelo para su primer periódico en Milán.

Entre 1861 y 1864 creó allí su primera revista, un semanario titulado *Museo de la Familia*, a imitación del de Pierre Chevalier, así como el *Anuario Científico* con artículos cuidadosamente ilustrados. Una vez que dispuso de imprenta propia, editó muchas publicaciones periódicas: la *Biblioteca Amena*, el *Universo Ilustrado*, el *Giornale dei Viaggi*, y sobre todo, la más duradera, el diario el *Corriere di Milano* de donde descendió el *Corriere della Sera*. En 1872 se hizo socio de la empresa su hermano menor Giuseppe, pasando la editorial a llamarse *Fratelli Treves*, en la que también invirtió sus ahorros su esposa, la escritora Virginia Dolci Tedeschi conocida por el seudónimo de *Cordelia*.

A partir de aquí edita obras ilustradas para un público amplio: historia, arte, política, textos escolares, poesía, teatro, y novelas. Como sucedió con Hetzel en Francia, en su catálogo figurarán los más grandes escritores de la literatura italiana de la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX: Giovanni Verga, Gabriele d'Annunzio, Edmondo De Amicis y Luigi Pirandello. Así como las traducciones de Julio Verne, Lev Tolstoi y Charles Dickens.

También editó una serie de novelas al precio asequible de una lira como luego hará Saturnino Calleja en España. En ellas daba rienda suelta a su compromiso con la educación mediante la ilustración popular. Esta conciencia social culminó en el libro *Corazón* escrito por De Amicis, donde un niño escribe un diario de lo acontecido en cada jornada escolar, convirtiéndose en un regalo infantil para muchas generaciones de italianos. En el fondo hay una defensa política de la patria, la familia y la *mamma*.

El otro autor del *Risorgimento* italiano que cultivó la literatura educativa fue Carlo Collodi, creador de *Las aventuras de Pinocchio*, editadas en Florencia por Guido Biagi en el *Giornale per il bambini*. Esta obra se encuentra entre las más leídas de la literatura universal y ha sido adaptada al cine, el teatro, el ballet y la ópera. La crítica ha debatido sus influencias masónicas y alquímicas, pero, sobre todo, lo que reivindica Collodi a través de las peripecias de su marioneta que cobra vida es la cultura del esfuerzo en los niños.

Más tarde escribiré *El viaje de Giannettino* donde, siguiendo las rutas de las guías turísticas Baedeker, un muchacho florentino recorre todas las regiones del Estado italiano recién nacido. Describe sus monumentos, paisajes y costumbres con la intención patriótica de formar una conciencia nacional. Aunque sin olvidar a los desfavorecidos, que podían superar su pobreza a través de la escuela pública, por lo que encabezó una carta dirigida al ministro de educación con el lema *Pan e libri*.

Y es que ninguna narración es neutral, ingenua o apolítica, sino que detrás subyace la ideología del autor. De forma que *Corazón* de De Amicis, *Pinocchio* de Collodi y *Platero y yo* de Juan Ramón Jiménez, publicado por vez primera por Saturnino Calleja, poseen un fin edificante para la formación de los niños y una defensa de la obligatoriedad de la escuela pública.

La otra cara de la moneda de los escritores populares la encarnó Emilio Salgari. Autor de novelas de aventuras ambientadas en lugares exóticos de todo el mundo, creó personajes inmortales como el pirata Sandokán y el Corsario Negro que hicieron las delicias de millones de jóvenes, llegando a estar a la par con Julio Verne en los países de habla hispana. Sin embargo, a pesar de este éxito, las tragedias familiares y la presión de su editor Antonio Donath le llevaron al suicidio. No sin antes declarar los principios didácticos de sus historias en su libro *Estrella polar*.

Procuro con este volumen que sea una glorificación del valor italiano y que sirviese como aliciente para la juventud italiana siendo instructivo y educativo.

Saturnino Calleja, el padre de los populares cuentos

En la cultura popular española ha estado vigente hasta el siglo pasado la expresión «Tienes más cuento que Calleja». El Diccionario de la Real Academia Española la define como una frase coloquial. La alusión a los cuentos evoca a Saturnino Calleja (1853-1915), pedagogo moderno y pionero en ediciones infantiles, cuyos libros de texto y cuentos trataban de «poner al alcance de los niños el método científico».

De acuerdo con su ideario progresista, la regeneración del país solo se produciría a través de la educación, por lo que dignificó la figura del maestro y consagró sus publicaciones a la formación del niño. En ellas tenían protagonismo

las ilustraciones: «porque los libros se tienen que entrar por los ojos, ha de ser simpático antes de conocerlo a fondo», decía. Al punto que, además de fundar una prolífica editorial en 1879 en Madrid, llegó a repartir libros a costa de su bolsillo por las empobrecidas escuelas de los pueblos de España.

La Editorial Calleja fue la más popular en España, Hispanoamérica, Cuba y Filipinas hasta los albores del siglo xx. Nuestro editor aportó tres novedades empresariales que revolucionaron el mundo del libro hispano: grandes tiradas de libros bellamente ilustrados y baratos al obtener escaso margen de beneficio —como Emilio Treves—, pequeño tamaño que permitía llevar los libros encima y coleccionarlos como cromos, y traducciones de obras europeas de pedagogía moderna.

Además de editor, pedagogo y traductor también escribió cuentos de calidad, como explica su nieto Enrique Fernández de Córdoba en el libro *Saturnino Calleja y su Editorial*:

El abuelo Saturnino fue básicamente un empresario y un editor, pero también escribió muchos libros pedagógicos de una variedad temática asombrosa: desde la geografía y la historia a las ciencias físico-naturales, y desde la geometría y la aritmética a la gramática, la higiene y ¡la cocina!

Los catálogos de la editorial incluían cuentos infantiles y publicaciones para adultos. Los famosos cuentos de Calleja, cuya finalidad era pedagógica y moralizante, destacaban por su profusa ilustración a cargo de los mejores dibujantes, grabadores y litógrafos de la época. Se agruparon en las siguientes colecciones: recreo infantil, cuentos para niños, biblioteca escolar, juguetes instructivos, colección Colorín, Biblioteca Ilustrada, joyas para niños o cuentos morales, Biblioteca Perla para los clásicos, el semanario infantil Pinocho, aventuras de Mickey, Calleja cine y Pinturas infantiles. Entre sus títulos hallamos cuentos tradicionales de Perrault, los hermanos Grimm, Andersen, *Las mil y una noches*, los viajes de Gulliver y el país de Jauja.

Entre las publicaciones para adultos destaca la edición numerada de *El Quijote*, en papel rosa, que celebraba el comienzo del nuevo siglo en 1900. Para entonces ya estaba en marcha la revista *La Ilustración de España*, en cuya cabecera podía leerse: «Periódico consagrado a la defensa de los intereses del Magisterio Español». Después publicó

numerosas ediciones de la obra universal de Cervantes, en pasta y en rústica, la más barata de las cuales valía 50 céntimos, por lo que estaba al alcance de los bolsillos más modestos. En 1907 editó *Platero y yo* de Juan Ramón Jiménez, el cual era colaborador de la casa y, que, pasados cuarenta años, fue galardonado con el premio Nobel de Literatura.

Los volúmenes de la Biblioteca de Industrias Lucrativas trataban de la cría de animales domésticos, peces y flores y sus perfumes. La lista de manuales es cuantiosa: libros de medicina, de arte, de legislación, de literatura, etc. También fue el artífice de la pasión de la juventud española por las novelas de Emilio Salgari, a través de los que viajaron por el planeta de la mano del Corsario Negro, el León de Damasco y Sandokán el Tigre de Malasia enamorado de la bella Mariana.

Saturnino Calleja fue el principal propagador de la instrucción de la gente común. La popularidad de nuestro editor entre los niños españoles cada vez que regalaba lotes de libros a los maestros fue recordada por el periodista Dionisio Pérez en su homenaje «Una obra de cultura. Cuentos de ayer; realidades de hoy» (1915):

Todas las semanas esperábamos los chiquillos ansiosamente que llevara el cartero el paquete de Saturnino Calleja, con sus libros claros, relucientes, con grabados, con cromos, llenos de alegría. Los niños pobres de España no habían leído cuentos hasta que los publicó este editor. Yo no conozco en la historia una revolución más intensa, más fecunda, que halla roturado más hondamente la conciencia nacional.

Por último, acuñó un final personalizado para los cuentos de su editorial, que decía: «...y fueron felices y comieron perdices, y a mí no me dieron porque no quisieron». Los niños se lo sabían de memoria.

Espacio y tiempo en el libro infantil: mapas e historia

En todos estos libros infantiles y revistas educativas los editores incluían mapas. El nacimiento de la escuela pública, en cuyas aulas figuraban el mapamundi y el globo terráqueo, fue acompañado por la propaganda del patriotismo nacional. Eliseo Reclus, padre de la geografía moderna, prefería al globo sobre el mapa en su pedagogía cartográfica:



¡Con el globo no hay misterios! El niño que se desconcierta ante un mapamundi, la ilustración de dos mitades de la tierra en una hoja plana, entiende de inmediato un globo, que percibe como una simple reducción de la gran esfera terrestre.

En cambio, a Jules Verne no le preocupaba la forma de la cartografía. Esferas y mapas eran igual de útiles en la preparación de sus itinerarios de ficción. Lo sabemos de buena tinta gracias a sus memorias y a sus personajes. Compraba mapas en las librerías con los que iba formando una cartoteca personal. Los consultaba según iba escribiendo. Otras veces era a la inversa. Dibujaba el mapa del Congo francés para calcular los vuelos de *Cinco semanas en globo*. O iba diseñando el de *La isla misteriosa* mientras describía sus contornos en la novela. Más tarde, para seguir la derrota de sus viajes, iba tomando medidas con el compás. De ahí que las esferas conservadas en los museos de Nantes y Amiens estén picadas por las puntas que delineaban las rutas.

El recurso a la cartografía, que vivió su auge en el periodo de entreguerras de siglo xx, coincidió con las adaptaciones infantiles de los clásicos de la literatura

europea. Tal sucedió en España con *El Quijote*, en Inglaterra con Shakespeare, en Francia con Molière y en Italia con la *Divina Comedia*. Los genios clásicos contribuyeron a la enseñanza de la lengua en la escuela. Del mismo modo que las enciclopedias de historia, donde el texto se ilustraba con dibujos, mapas y datos cronológicos, se inculcaban los principios nacionalistas de los Estados-nación.

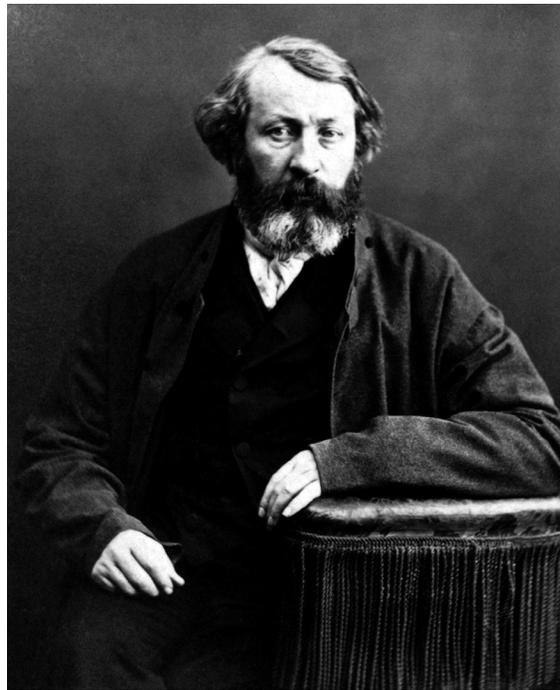
Estas herramientas didácticas de la escuela progresista se complementaron con la proyección de imágenes, la estampación de cromos literarios, la edición de cuentos ilustrados y teatrillos portátiles y hasta manteles de hule para mesas camillas. Del mismo modo que en los manuales de historia y de geografía, patria natural de los mapas, las fotos fueron relevando a las estampas y el color al blanco y negro.

Conclusión: unos revolucionarios de tinta y papel

Nuestros editores cultivaron una pedagogía laica frente al conservadurismo religioso. Dos de ellos habían tratado de hacer la revolución mediante la lucha armada contra el régimen establecido. Pierre-Jules Hetzel fue exiliado al militar en la oposición republicana al Imperio de Luis Napoleón. Emilio Treves combatió como voluntario en las tropas de Garibaldi durante la Unificación de Italia. Solo Saturnino Calleja trabajó siempre en la imprenta al heredar de su padre el negocio de librería y encuadernación. El denominador común de todos ellos fue que para mejorar la sociedad cambiaron la revolución política por la educativa.

El arma pedagógica que utilizaron fue el libro infantil ilustrado. Para su diseño se valieron de los avances técnicos que en el campo editorial trajo consigo la industrialización. El grabado y la litografía empezaron a ser cultivados por los pintores más famosos: desde Goya a Delacroix. Pero, sobre todo, la mecanización de las técnicas impresoras aumentaron las tiradas de imágenes y estas llegaron más lejos gracias al ferrocarril. Al cabo, el nacimiento de la prensa ilustrada en el siglo XIX, que emplea la caricatura, el chiste satírico y el humor gráfico en periódicos y revistas, dio rienda suelta a las reivindicaciones sociales y contribuyó a la democratización cultural.

Las publicaciones periódicas para niños del siglo XIX fueron, pues, una experiencia enriquecedora en la historia de la cultura. Contenían propuestas educativas en los más



Pierre-Jules Hetzel.

variados géneros: textos escolares, cuentos, novelas, rimas, teatrillos, juegos, etc. Aportaban innovaciones lingüísticas y literarias y dedicaron un espacio privilegiado a las ilustraciones.

En suma, el libro infantil ilustrado lo perfeccionaron estos personajes a los que he llamado «editores del pueblo»: en Francia Pierre-Jules Hetzel, que publicó los *Viajes extraordinarios* de Julio Verne; en Italia Emilio Treves, que también fue el traductor de Verne e hizo pedagogía progresista editando obras como *Corazón*; y en España Saturnino Calleja, que estampó sus famosos cuentos para regalarlos a las escuelas más humildes del país.

Todos compartieron la idea de que la revolución educativa llegaría a través de los libros ilustrados. Desde entonces los manuales escolares, en papel o *e-book*, son inseparables de unas imágenes atractivas que acompañan al texto. El cuento, convertido en un «juguete instructivo», ha pasado así a enseñar divirtiendo a los niños, los cuales aprenden jugando, leyendo textos y observando imágenes. La semilla de estos editores defensores de la instrucción popular germinó un siglo después al desterrar de la escuela el castigo de «la letra con sangre entra». ■ ■